

justos á penitencia, sino á los pecadores. ⁽¹⁾ Sólo la inmensidad de Dios era capaz de penetrar en el abismo sin fondo donde el pecado había precipitado al hombre y á la humanidad; sólo una mano omnipotente tenía la virtud de levantar á los caídos en el precipicio.

11. Lo que era indispensable para que la humanidad se salvase.—Un médico que honre su profesión no se contenta haciendo desaparecer el mal del exterior, sino que procura extirparlo en su origen.

El pecado, enfermedad del hombre, de la humanidad, de todo el mundo, es la impiedad. La descripción más espantosa es siempre inferior á la terrible verdad contenida en esta breve frase: El pecado es separación de la vida, es la apostasía de Dios.

La separación de la vida es la muerte, y para ésta no hay remedio humano. El separarse de lo infinito abre un abismo infinito, que tiene esta condición lo mismo que el que separa la muerte de la vida. Millares de veces después de esta primera defección, trató la humanidad de procurarse alas para volar al cielo; pero siempre cayó en tierra como Ícaro, con las alas abrasadas. Cada una de esas tentativas confirmó una vez más la palabra de reprobación: Entre nosotros y vosotros hay un gran abismo, por lo que, quienes pretenden pasar de aquí hasta vosotros, no pueden, ni tampoco aquí desde donde vosotros estáis. ⁽²⁾

La muerte, inmenso abismo, separa de Dios la tierra. Si la vida, si lo ilimitado no se pone en ese abismo para llenarlo, estarán perdidas la vida y la esperanza del mundo. ¿Cómo podría el hombre, tan sumamente pequeño, colmar el abismo insondable abierto por su pecado? ¿Cómo él, presa de la muerte, compensará la muerte con la vida? Sólo puede hacerlo quien no ha comprometido la vida con sus propias faltas. Quien ha gravado su conciencia con pecados, es presa de la muerte, y todo hombre es pecador.

(1) Luc., V, 31, 32.

(2) Luc., XVI, 26.

Uno solo entre todos puede gritar á todo el mundo: ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? ⁽¹⁾ Por fortuna había quien, solo entre todos, podía atreverse á decir estas otras palabras: Nadie me quita la vida; pero la doy yo mismo; tengo poder para darla y para volverla á tomar; tal es la orden que recibí de mi padre. ⁽²⁾

Un hombre como los demás no podía traer á los hombres la salvación. Sin embargo, debía ser un hombre como los otros, si éstos habían de ser salvados. Es una ley de eterna justicia. Al que pecare contra mí, le borraré de mi libro. El alma que pecare, esa morirá. ⁽³⁾ Quien abrió el abismo infinito, debe llenarlo.

Fué el hombre quien pecó; el hombre, pues, debe expiar el pecado.

Pero la grandeza de la expiación debe corresponder á la importancia del crimen. Si la falta es infinita, solamente lo Infinito, Dios, puede dar satisfacción por ella. Nunca podrá hacerlo el hombre por sí mismo, siendo muy verdaderas las siguientes palabras del Dante: No podía el hombre, en su situación, dar satisfacción nunca, porque no le era posible hacer, obedeciendo humildemente, tanto como había hecho con su desobediencia. ⁽⁴⁾

Y únicamente la penitencia completa y real podía expiar la falta de la humanidad; sólo la mayor de las expiaciones, sólo el sacrificio cruento, de sangre y de vida humanas, podía borrar la mayor de todas las faltas. Sacrificio, sangre y vida de un hombre inocente, que no mereció la muerte, de un hombre que es al propio tiempo el Infinito; todo eso reunido es el único medio de compensar el pecado.

Solamente cuando la humanidad pueda ofrecer á la divinidad ofendida uno tomado de sí misma, el cual lleve su naturaleza y su pecado; uno que á la debilidad del hombre

(1) Juan, VIII, 46.

(2) Juan, X, 18.

(3) Exod., XXXII, 33.—Ezech., XVIII, 4.

(4) Dante, *Paraiso*, VII, 97-100.

reuna la fuerza y la grandeza del ser infinito; un ser superior á la humanidad, que pueda verter su sangre y sufrir su muerte; un mortal que no hubiese cometido pecado, ni por lo tanto merecido castigo; solamente entonces cesará el pecado, se llenará el abismo, y se recobrará á Dios y la vida.

12. Ecce Agnus Dei.—Lo mismo que Abrahám ofreció el carnero en vez de su hijo, así los hombres sacrificaron, en vez de ellos, toros y corderos; pero comprendieron que el pecado no podía ser borrado con la sangre de animales. ⁽¹⁾ Si se hubieran convencido de que estaba ya destruído el pecado, habrían desistido de aquellas terribles efusiones de sangre. ⁽²⁾

Pero esos continuos sacrificios no curaban en modo alguno la falta; por el contrario, les recordaban siempre que eran pecadores y que su pecado no estaba aún destruído. ⁽³⁾ Vertieron en aquel abismo, donde se hallaban, mares de sangre y hasta torrentes de sangre humana, subiendo en tanto desde el altar nubes de humo expiatorio hacia el cielo cerrado para ellos.

Era inútil. La sangre no colmaba el abismo, ni los sacaba de él; las nubes de humo únicamente servían para cubrir el cielo, y descendían á la tierra, impidiendo la respiración y sofocando el pecho. La falta no estaba destruída; á pesar de la sangre y de los sacrificios, los oprimía como antes. La humanidad comprendió entonces que no había salvación para ella, á menos que viniera en su auxilio un enviado de Dios, ignorante del pecado, y que, no obstante, lo tomara á su cargo; un enviado que sería plenipotenciario de Dios y, al mismo tiempo, su vicario cerca de nosotros; un enviado que nos sustituiría por su sacrificio y sufriría y expiaría por nosotros. ⁽⁴⁾

Por fin, apareció el deseado de las naciones; venía del

- (1) Hebr., X, 4.
- (2) Hebr., X, 2.
- (3) Hebr., X, 3.
- (4) V. más arriba, 6, 7.

cielo, del seno de Dios, pero estaba revestido de nuestra naturaleza.

Á su entrada en el mundo, pronunció la palabra redentora. No habéis querido sacrificio ni ofrenda, pero me habéis apropiado un cuerpo; no habéis aceptado los holocaustos por el pecado. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad. ⁽¹⁾ Este cuerpo, esta sangre, esta vida, deben ser sacrificados por los hombres. Lo que los pueblos han esperado desde el principio, lo que el mundo ha implorado con sangre y lágrimas durante millares de años; aquello por lo que la humanidad ha ofrecido en sangre y en dolores sacrificios sin número é infructuosos, lo tomo sobre mí.

Y Dios se apiadó con esta ofrenda. Por compasión, olvidó la misericordia, cerró su corazón de padre á su hijo en gracia al pecador. Un día, sobre el monte Moria, el padre de los creyentes había bajado del altar á su hijo dispuesto á ser inmolado, y le había sustituído en la pira con un animal. Ahora el Padre Eterno, retiradas del altar las víctimas, colocó en su lugar sobre el leño de muerte á su propio Hijo. Tomó sobre sí todos nuestros crímenes; ⁽²⁾ responsabilidad terrible, infinita, mortal. *Ecce agnus Dei!* He aquí el cordero de Dios, ⁽³⁾ el mismo que llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero. ⁽⁴⁾

Todos los demás hombres no tienen más responsabilidad que la suya. ⁽⁵⁾ El Hijo de Dios no tiene ninguna, y, sin embargo, acepta la mayor, la más horrible, los pecados de todos, excesiva aún para Él. Este Hijo, reflejo de la gloria de su Padre, figura de su sustancia, mantiene todas las cosas con el poder de su palabra, ⁽⁶⁾ pero aquella responsabilidad hace que la vida muera, y que la omnipotencia sucumba y desfallezca. ⁽⁷⁾

- (1) Hebr., X, 5-7.
- (2) Is., LIII, 6.
- (3) Juan, I, 36.
- (4) I Petr., II, 24.
- (5) Galat., VI, 5.
- (6) Hebr., I, 3.
- (7) Is., LIII, 10.

13. La lucha entre la vida y la muerte.—Hasta este momento, la muerte había incontestablemente reinado en la tierra. Ahora, entra la vida en lucha con ella.

Fué un curioso combate, en que la muerte luchaba con la vida por la vida, y en que la vida combatía con la muerte por la muerte. Fué una victoria extraña, inaudita, aquella en que la vida sucumbió ante la muerte y la muerte ante la vida. La muerte fué absorbida en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado. ⁽¹⁾ El pecado fué muerto, y la muerte desapareció con él.

14. El fruto de la redención.—Hubo hasta entonces un abismo infinito entre nosotros y Dios. Jamás llegó ninguno desde aquí hasta Dios, ni vino desde Dios á nosotros en tanto que el abismo estuvo abierto. Pero lo infinito se puso en él, y quedó colmada su profundidad. Lo que antes era un abismo se convirtió en camino practicable; lo torcido será enderezado, y los ásperos serán caminos llanos. ⁽²⁾ Nadie va á Dios Padre sino por el que se ha hecho nuestro mediador y reconciliador. ⁽³⁾ Por él tenemos los unos y los otros acceso al Padre, que, de Dios ofendido, se convirtió en padre nuestro. ⁽⁴⁾ Por él, primicias de los que duermen, ⁽⁵⁾ fué recuperada la vida, y por él, primero en renacer de la muerte, ⁽⁵⁾ se hizo la paz entre el cielo y la tierra, y todo ha sido reconciliado. ⁽⁶⁾ Dios reconciliado con el hombre, éste reconciliado consigo mismo, con el dolor, con la vida, con el mundo.

15. La muerte de Cristo.—Al mismo tiempo que en la capital del mundo representaba con incomparable fidelidad el paganismo su agonía en la estatua de Laocoonte, regio sacerdote en quien la divinidad manifestaba su jus-

(1) I Corint., XV, 54-56.

(2) Luc., III, 5. Is., XL, 4.

(4) Eph., II, 18; III, 12.

(3) I Cor., XV, 20.

(5) Col., I, 18.

(6) Col., I, 20.

ticia, el Rey de la gloria, el Pontífice eterno, luchaba con la muerte entre los olivos de Gethsemaní.

Con las palabras profundamente significativas: «Y por ellos me santifico á mí mismo», ⁽¹⁾ entró en este campo, ofreciéndose como víctima expiatoria por la humanidad. Las prevaricaciones de todo el mundo están sobre él; la antigua serpiente vibra furiosa en torno de él su lengua. Él sólo quiere ser presa suya en vez del mundo, al que hasta entonces podía considerar como víctima suya la serpiente. El monstruo le enlaza con sus espirales.

Él se estremece, se paralizan sus fuerzas: cae en tierra; de sus poros brota sangre. También Él es hombre, aunque llame á Dios su padre; experimenta como un hombre cualquiera lo que son el dolor y las angustias; como jamás el pecado contaminó su alma, no se embotó el sentimiento. «Padre, exclama desde el fondo de su corazón, a la vez divino y humano, si es posible, que pase de mí éste cáliz». ⁽²⁾

Pero el Padre no puede tener piedad del Hijo, si el pecador ha de encontrar misericordia. Uno de ellos debe morir. Si el Padre concede gracia al Hijo, no puede entonces perdonar al rebelde.

Un momento más, y el Hijo estará en lucha con la muerte. Ya las cadenas del pecado le comprimen el pecho en mortal agonía; y en su extrema aflicción, abre por segunda vez los moribundos ojos y exclama con doliente voz: Dios mío, ¿por qué me habéis desamparado? ⁽³⁾

Con estas palabras, el mundo se estremeció hasta sus profundidades; sabe que en ese momento queda su suerte decidida. Si el Padre en ese instante supremo rompiera los lazos de su Hijo, estos oprimirían de nuevo á la humanidad y la ahogarían.

Pero el cielo fué inexorable con su Señor; el sol negó su luz, y la oscuridad cubrió la tierra. «Padre, perdónalos», ⁽⁴⁾

(1) Juan, XVII, 19.

(2) Math., XXVI, 36.

(3) Math., XXVII, 46.

(4) Luc., XXIII, 34.

murmuró la víctima con sus labios, cárdenos ya por la muerte. Y cuando se disiparon las tinieblas y el cielo apareció de nuevo, el sol iluminó al Dios inmortal, muerto por el pecado, y á la humanidad proscripta, pero redimida de la muerte.

CONFERENCIA XXI

LA FUENTE DE TODO PECADO

1. **La verdadera filosofía de la historia ha de tener igualmente en cuenta la libertad humana y el poder divino, lo natural y lo sobrenatural.**—Entre los más difíciles estudios, á que puede entregarse el espíritu humano, debe contarse la filosofía de la historia, ó, como hoy dicen, la moral de la historia ó la psicología de los pueblos, expresiones evidentemente impropias. Presentar el desenvolvimiento de la humanidad en conjunto, y á la vez todos los adelantos y retrocesos importantes de las diversas partes que la constituyen, de tal modo que se de á cada acontecimiento el puesto y la categoría que les corresponden, y apareciendo, sin violentarlos, como elementos de un todo orgánico; tener debidamente en cuenta los accidentes externos, explicándolos con claridad por las internas causas que los producen, así como sus fines últimos, realizados ó no; todo eso, exige un gran amor á la verdad, fidelidad á prueba de pasiones, entendimiento perspicaz, juicio imparcial, inteligencia adiestrada en historia y en filosofía, y por fin, un corazón capaz de conceder entusiasta admiración á los grandes hechos, sin regatear por esto su afecto á los de menor importancia.

No es para maravillar que hayan sido tan pocos los que lograron tratar satisfactoriamente una materia tan vasta como difícil. En rigor, sólo puede adjudicarse esa gloria á tres eximios pensadores: San Agustín, Dante y Bossuet. Verdad es que muchos hombres distinguidos siguieron con laudable seriedad la ruta indicada por esas tres persona-